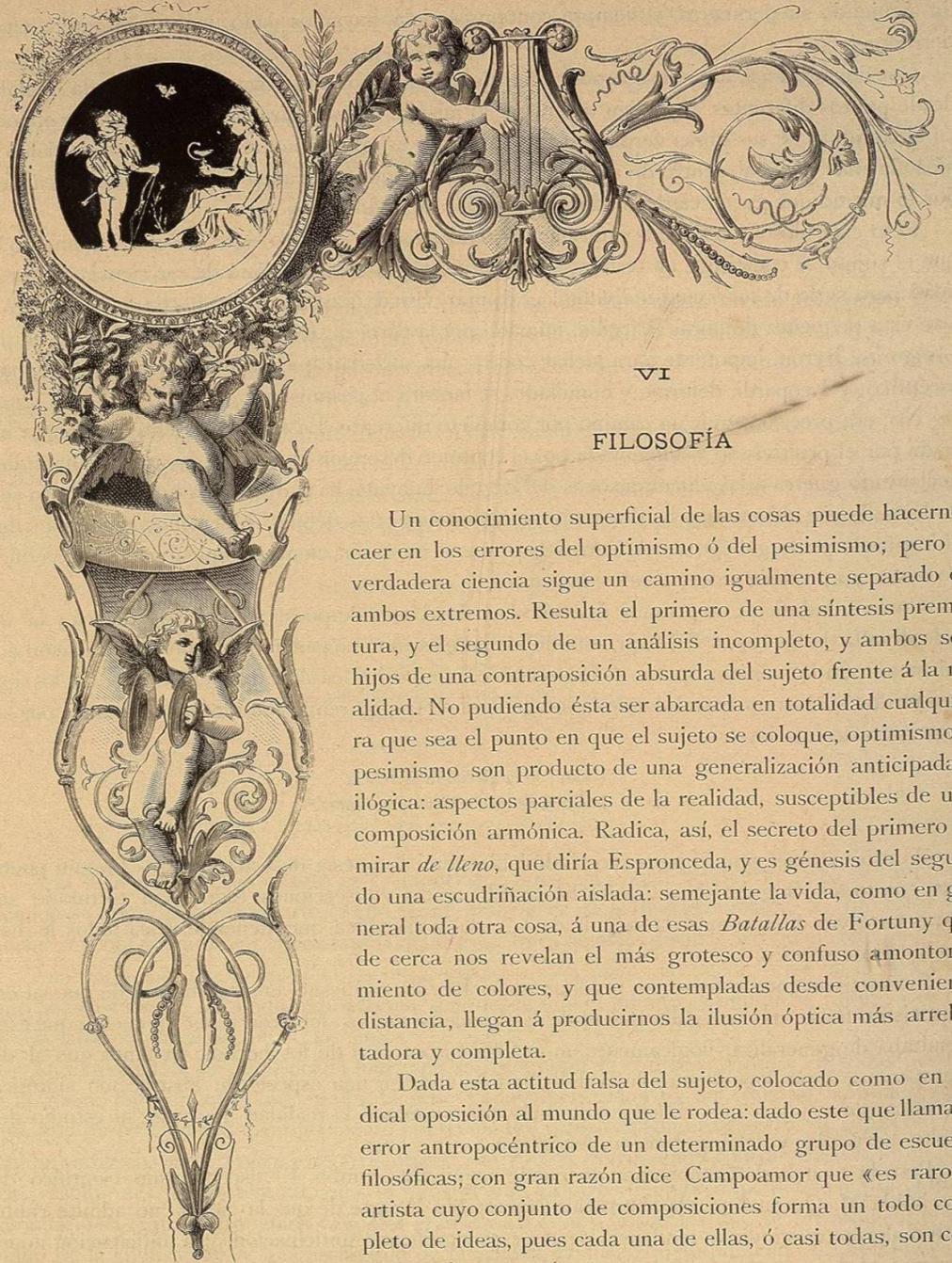


Del lado de acá de los Pirineos hace mucho tiempo que no se escriben ni rimas á lo Heine, ni cantos á lo Sturm, ni poemas á lo Coppée — última palabra de este género de poesía en Francia; — y si alguna vez una obra de tal clase se presenta, el público y la crítica la reciben con frialdad, y poco tarda en ser olvidada por todos, no añadiendo nada á la reputación de su autor si ya la posee, y no proporcionándosele si carece de ella.

Parece, pues, que si en alguna parte los manantiales del arte se han renovado para ponerse en relación con el carácter y tendencia de la época, es ciertamente en España donde esta transformación ha tenido lugar.



VI

FILOSOFÍA

Un conocimiento superficial de las cosas puede hacernos caer en los errores del optimismo ó del pesimismo; pero la verdadera ciencia sigue un camino igualmente separado de ambos extremos. Resulta el primero de una síntesis prematura, y el segundo de un análisis incompleto, y ambos son hijos de una contraposición absurda del sujeto frente á la realidad. No pudiendo ésta ser abarcada en totalidad cualquiera que sea el punto en que el sujeto se coloque, optimismo y pesimismo son producto de una generalización anticipada é ilógica: aspectos parciales de la realidad, susceptibles de una composición armónica. Radica, así, el secreto del primero en mirar *de lleno*, que diría Espronceda, y es génesis del segundo una escudriñación aislada: semejante la vida, como en general toda otra cosa, á una de esas *Batallas* de Fortuny que de cerca nos revelan el más grotesco y confuso amontonamiento de colores, y que contempladas desde conveniente distancia, llegan á producirnos la ilusión óptica más arrebatadora y completa.

Dada esta actitud falsa del sujeto, colocado como en radical oposición al mundo que le rodea: dado este que llamaría error antropocéntrico de un determinado grupo de escuelas filosóficas; con gran razón dice Campoamor que «es raro el artista cuyo conjunto de composiciones forma un todo completo de ideas, pues cada una de ellas, ó casi todas, son contradictorias entre sí.»

No hay un solo punto en las afueras de una gran ciudad desde el cual podamos abarcarla por entero: si para formarnos idea de ella la contemplamos desde una eminencia cercana que la domine, el croquis que desde este sitio saquemos será distinto del que obtendríamos desde una segunda altura suficientemente alejada de la primera para conseguirlo; y sólo tendremos de la ciudad una idea aproximada, cuan-

do siguiendo su perímetro, y siempre contemplándola, hayamos dado una vuelta entera en su derredor.

Consideradas así, algunas composiciones de Campoamor son vistas tomadas de la realidad desde puntos diferentes, y pueden tener, por lo mismo, ideas contradictorias y aparecer el poeta en el conjunto de sus obras verdadero ecléctico: que es, en último resultado, el eclecticismo la filosofía más racional dentro de ese grupo de escuelas que abarcan sólo aspectos de la realidad, por lo mismo que es, en cierto modo, composición de todos ellos.

Pero esta filosofía no puede informar las tendencias de nuestro siglo. Desde el momento en que el sujeto se constituye en término uno y primario, la ciencia dejará de ser ciencia de la realidad para serlo de tal ó cual individuo: el campo visual quedará limitado, y trascendiendo al arte esta pequeñez de miras, Virgilio, mimado por la corte de Roma, hará amar la vida en las *Geórgicas*; Byron, impotente para luchar contra una sociedad que no piensa como él, se hará escéptico; y Leopardi, deforme y humillado, se lanzará al pesimismo.

No: era preciso seguir un camino por completo diferente. La fuerte corriente centrífuga iniciada por el positivismo y alimentada por el continuo desenvolvimiento de las ciencias naturales, declarando guerra á las elucubraciones del orgullo humano, ha marcado á la humanidad una senda lejos de ese abismo que ha devorado tantas inteligencias débiles. «La ciencia moderna — dice el inspirado poeta gallego señor Curros Enríquez — no es una ciencia criminal y asesina: vivifica, no mata; no produce enfermedades, las cura.»

Con verdad dice Campoamor que sólo hay dos clases de poesía: la del lado de acá y la del lado de allá de las cosas. Es decir, una de los miopes que, considerando todo con relación á sí mismos, todo lo hallarán óptimo ó despreciable, motivo de loa ó de blasfemia: otra de los que ven en los hechos un cristal donde la ley general se transparenta, todo lo hallan natural por ser expresión de esta ley, y

Están con la glacial indiferencia
Del que ve más allá de lo que mira.

A este último género pertenece indudablemente la poesía de Campoamor. Ningún poeta, dice con gracia singularísima Clarín, ha sufrido tantas vivisecciones; todos han torturado sus obras para ver de encontrar la médula de la escuela filosófica que defiende. Casi todos le han apellidado escéptico.

Si efectivamente lo fuese, no tendrían razón Revilla y Quesnel en asombrarse de que su escepticismo fuese más sosegado que el de Espronceda: ambos debieron tener en cuenta que éste resultaba de generalizar ilógicamente un análisis incompleto de los hechos; en tanto que el de Campoamor sería dependiente de la dificultad de vivir en una especie de abstracción sintética continua, cosa tanto más difícil cuanto más violentamente la realidad nos atrae al estudio del hecho particular y de singularísimo fenómeno.

Pero la escuela de Campoamor no puede seguir ese rumbo. El escepticismo científico de que habla M. Quesnel es una aberración lamentable. Aparte de que la ciencia no admite calificativo alguno que indique tendencia — pues esto significaría anticipación, y la anticipación no es ciencia — el de escéptica es el que menos le cuadra. Ciencia y escepticismo son palabras que expresan ideas antagónicas. El pesimismo se ha apoderado siempre de la inteligencia por sorpresa: tomando por asalto, que diría Letourneau, un punto mal guarnecido. Henle y James Sully así igualmente lo creen y expresan en sus ligeros pero interesantes estudios.

Cabalmente en el poema *Los buenos y los sabios*, que le ha dado injusta reputación de pesimista, Campoamor ha hecho una sátira de la escuela: como Cervantes, escribiendo un libro de

caballería, destruyó los entonces tan en boga: como Voltaire, al decir de Musset, destruyó los libros santos, sometiéndolos á satírica parodia.

Con ese humorismo que le es peculiar, dice en el poema citado, describiendo una travesía por mar que hicieron dos grandes criminales:

¡Lo que hace aquí más grande el desconsuelo
Es que hasta el mismo Altea
De Roseta y de Nelo
El viaje iluminó con luz febea
El Dios que con el rayo alumbra el cielo!

Y ¿por qué no había de suceder así? Ya decía Salomón: «un mismo suceso acaecerá al justo que al impío;» si alguna vez el orgullo del hombre resulta ridículo, es cuando piensa que las miserables contingencias de su vida pueden afectar al orden natural de lo creado sereno é inmutable.

Y no es que yo crea que no hay belleza en este modo de ver, existe indudablemente: lo que afirmo es que ha pasado ya esta manera de considerar las cosas que no se amolda á las tendencias filosóficas modernas. Es, sin duda, condición humana reflejar al exterior nuestros estados internos: y en este sentido es bella la siguiente estrofa del joven poeta Pedro Barrantes:

Todo á mi alrededor es alegría:
Muestra sus galas el fecundo suelo:
Las aves cantan en la selva umbría.
Sólo yo entre las sombras de mi duelo
Sin encontrar alivio á mi agonía
Veo un sarcasmo en el azul del cielo
Y arrastrando del paria
La mísera existencia,
Me llevo á imaginar en mi demencia
Que el sol es una antorcha funeraria.

A la vida del arte, en cuanto arte, importaría poco tal ó cual tendencia; pero sí importa, cuando se considera que el arte, como manifestación de la actividad humana, ha de estar en perfecto acoplamiento con las restantes manifestaciones de estas mismas actividades del hombre.

Analizado con detenimiento el poema *Los buenos y los sabios*, no puede verse en él otra cosa que una historia de tal modo naturalísima, que desde que el mundo es mundo se repite, y se repetirá hasta la consumación de los siglos.

La explotación del débil por el fuerte es un hecho que se realiza siempre y en todas partes, y lo mismo en el hombre que en el infusorio. Toda superioridad es un arma de combate: esto que hoy ha proclamado científicamente la escuela del transformismo, palpitaba ya, siquier de un modo empírico, en la *Política* de Aristóteles. Así Pedro, esgrimiendo contra Juan su inteligencia, resulta un tipo tan natural como lo hubiera sido en otros tiempos imponiéndose por la fuerza muscular. Antes los pueblos vencidos eran esclavos: hoy lo son los que se retrasan en el camino de la civilización; y á la esclavitud de la argolla ha sucedido lo que llama Campoamor

La eterna esclavitud de la ignorancia.

La naturaleza es una madre que se avergüenza de los defectos de sus hijos, y la vida de Juan obedece á esa ley en virtud de la cual toda imperfección es la sentencia de postergación y de muerte para el señalado con ella. Gracias al prematuro fin de los tuberculosos, no ha desaparecido la raza humana de la tierra, víctima de la cruel dolencia. La naturaleza, en este caso, salva

á la humanidad matando al hombre, y del mismo modo procede la sociedad cuando sentencia á Juan, pues sólo así podemos esperar que se extinga esa raza de tontos que de propagarse nos volvería al estado salvaje.

«La tristeza fatídica de la dolora, — dice M. Quesnel, — no es todavía, como todos los estados de conciencia de la humanidad, más que un estado transitorio.

»Vendrá un día en que el hombre, mirando nuevamente más allá de las leyes de la materia, entonará por la milésima vez su canto de triunfo.

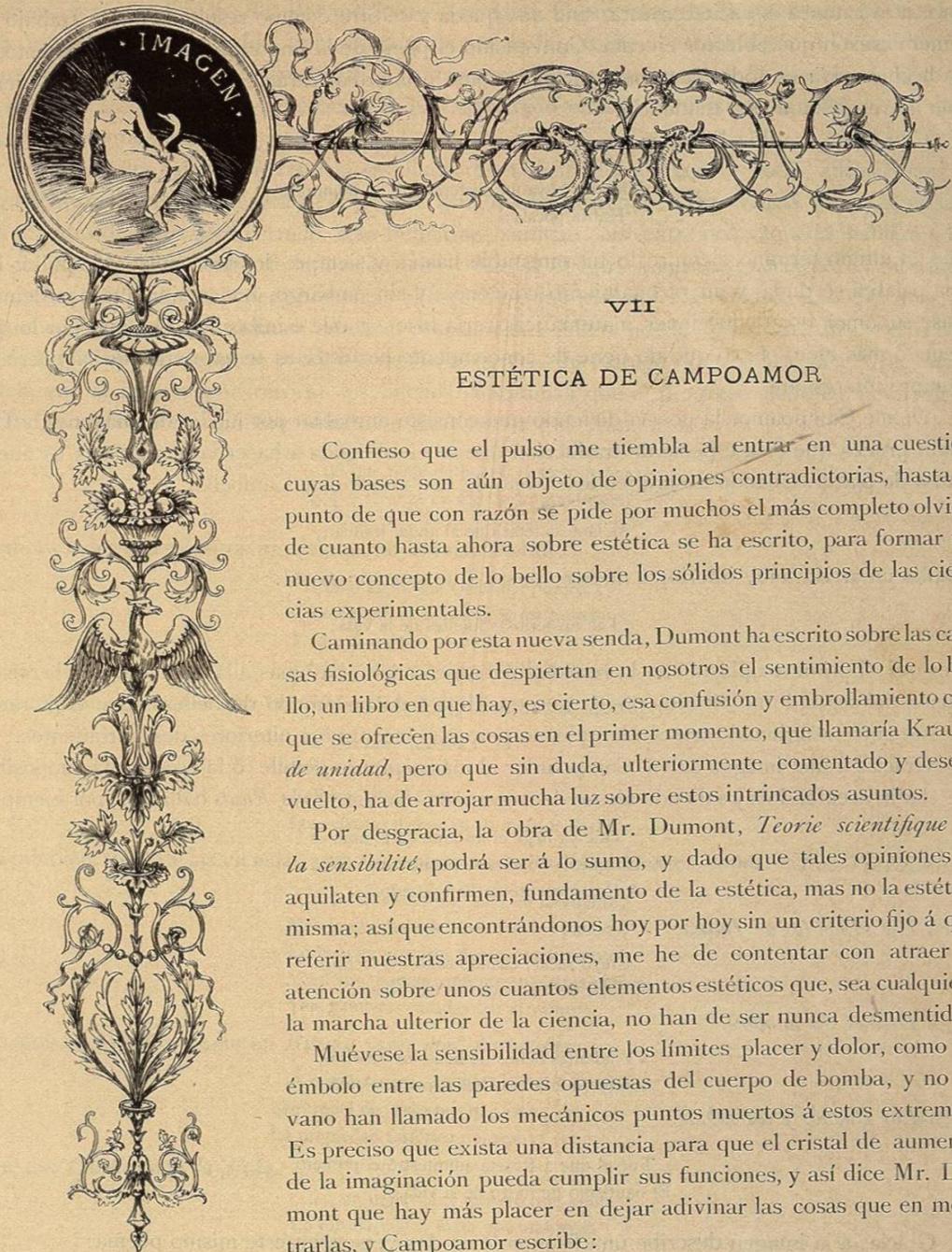
»Ya es un indicio la tranquila resignación que Campoamor ha traído al escepticismo».....

Sucedirá efectivamente lo que M. Quesnel anuncia. Whitman, oponiéndose á Hartman, ya lo deja ver, satisfaciendo así á esa gran ley histórica de Vico, en virtud de la cual pudiera decirse que en la interminable serie de acciones y reacciones, la humanidad, como un péndulo, pasa por el punto de equilibrio con sobrada velocidad para detenerse en él; y así avanza hacia el otro lado, y su propia inercia le empuja para que siga adelante, cada vez que se acerca á esa posición de indiferencia igualmente separada de los extremos de la trayectoria.

Por fortuna, la amplitud de las oscilaciones decrece y el cabeceo de la nave parece menos violento.

El hombre entonará una vez más su canto de triunfo y otra vez responderá á esta carcajada un grito de dolor..... y sin embargo una y otro son igualmente absurdos, porque

¿Y qué son bien ni mal, placer ni duelo,
Más que cosas fugaces cual la vida?.....



VII

ESTÉTICA DE CAMPOAMOR

Confieso que el pulso me tiembla al entrar en una cuestión cuyas bases son aún objeto de opiniones contradictorias, hasta el punto de que con razón se pide por muchos el más completo olvido de cuanto hasta ahora sobre estética se ha escrito, para formar un nuevo concepto de lo bello sobre los sólidos principios de las ciencias experimentales.

Caminando por esta nueva senda, Dumont ha escrito sobre las causas fisiológicas que despiertan en nosotros el sentimiento de lo bello, un libro en que hay, es cierto, esa confusión y embrollamiento con que se ofrecen las cosas en el primer momento, que llamaría Krause *de unidad*, pero que sin duda, ulteriormente comentado y desenvuelto, ha de arrojar mucha luz sobre estos intrincados asuntos.

Por desgracia, la obra de Mr. Dumont, *Teorie scientifique de la sensibilité*, podrá ser á lo sumo, y dado que tales opiniones se aquilaten y confirmen, fundamento de la estética, mas no la estética misma; así que encontrándonos hoy por hoy sin un criterio fijo á que referir nuestras apreciaciones, me he de contentar con atraer la atención sobre unos cuantos elementos estéticos que, sea cualquiera la marcha ulterior de la ciencia, no han de ser nunca desmentidos.

Muévese la sensibilidad entre los límites placer y dolor, como un émbolo entre las paredes opuestas del cuerpo de bomba, y no en vano han llamado los mecánicos puntos muertos á estos extremos. Es preciso que exista una distancia para que el cristal de aumento de la imaginación pueda cumplir sus funciones, y así dice Mr. Dumont que hay más placer en dejar adivinar las cosas que en mostrarlas, y Campoamor escribe:

Ten siempre con un manto
Velados tus encantos pudorosos;
Porque en cosas de encantos misteriosos,
Perdido ya el misterio, ¡adiós encanto!

El amplio desarrollo que se ha dado en la escuela de Campoamor á este elemento estético no tiene precedente. Esa rápida ojeada á lo general que, según hemos visto, caracteriza á la do-